



Manuel Sagastibeltza

**LA VIDA DE UN GUDARI EN
EL BATALLÓN DE
TRABAJADORES Nº 24**

LA VIDA DE UN GUDARI EN EL BATALLÓN DE TRABAJADORES N°24

Testimonio de Manuel Sagastibeltza.



A.D.D.H.
Asociación para la Defensa de la
Dignidad Humana
Giza Duintasunaren Aldeko Elkartea



Autor: Fernando Pedro Pérez.

Edita: ADDH (Asoc. para la Defensa de la Dignidad Humana).

Fotografía: Fundación Sabino Arana **Primera edición:** Abril-2015

ISBN: 978-84-96522-86-9. **Depósito Legal:** BI-789/2015.

Manuel Sagastibelza Negrete nació el 27 de septiembre de 1917 en Gijano (Burgos), pero como él mismo dice "fue accidentalmente", porque nosotros somos de toda la vida de Karrantza. Mis padres habían ido a visitar a unos conocidos de allí y mi casualmente a mi madre se le adelantó el parto.



Su padre se llamaba José y su madre Manuela. Fue el quinto de siete hermanos: cinco varones (cuatro de ellos gudarís del batallón Abellaneda, que después se llamaría Araba) y dos mujeres: María Dolores, José María, los gemelos Francisco y Tomás, él, Juliana y Ramón. Actualmente sólo vive su hermano Ramón.

Su padre era labrador en la localidad karrantzana de Pando. Se levantaba muy pronto por la mañana e iba a trabajar las tierras



donde plantaba principalmente trigo y maíz, así como alubias, pero éstas en menor cantidad.



También tenía ganado, sobre todo vacas y ovejas, éstas últimas más de veinte, así como algún txarri. Y se dedicaba junto a su mujer, Manuela, a atenderlo.



“La leche que obteníamos de las vacas, entre 40 y 50 litros diarios, la vendíamos todos los días. La bajábamos a la Tejera y un lechero, que se llamaba Ramón Irastorza recogía la leche a los ganaderos de la zona y la llevaba al Hospital de Basurto de Bilbao” -recuerda Manuel, que señala que como complemento a esta actividad ganadera, su padre también hacía carbón vegetal. También era carbonero.

8

Con seis años a la escuela de barriada

Cuando Manuel tenía seis años comenzó a ir a la escuela de barriada de Karrantza, (que a diferencia de las nacionales, pertenecía a la Diputación Foral).



TESTIMONIO DE MANUEL SAGASTIBELTZA

Manuel recuerda que allí aprendió las cuatro reglas y que en las escuelas de barriada se aprendía más que en las nacionales.

“En las escuelas nacionales andaban “al garete”. Los chavales que salían un poco adelante y sacaban carrera, casi todos provenían de las escuelas de barriada, casi ninguno de las nacionales. ¡Al menos lo que yo he visto!- puntualiza Manuel, que estuvo en la escuela hasta los trece años y cuando salió fue, como él dice: “a ganar el jornal donde podía”.

9

Su primer trabajo fue con unos vecinos que tenían un trozo de monte que les había cedido el Ayuntamiento de Karrantza. Estuvo igualando el terreno para hacer prados nuevos. Allí estuvo trabajando varios años.



Después trabajó unos meses en una mina de carbonato de hierro que se encontraba en el barrio barakaldés

de Castrejana.

“Había un horno de calcinación debajo de la mina, donde se echaba el carbonato y después de calcinarse salía el mineral con el color del hierro”, recuerda Manuel, cuyo trabajo consistía en romper con una maza los trozos grandes de carbonato, que, como bien señala: “es parecido a la piedra caliza, sólo que brilla más”. Después de romperlos, tenía que cargarlos en un camión.

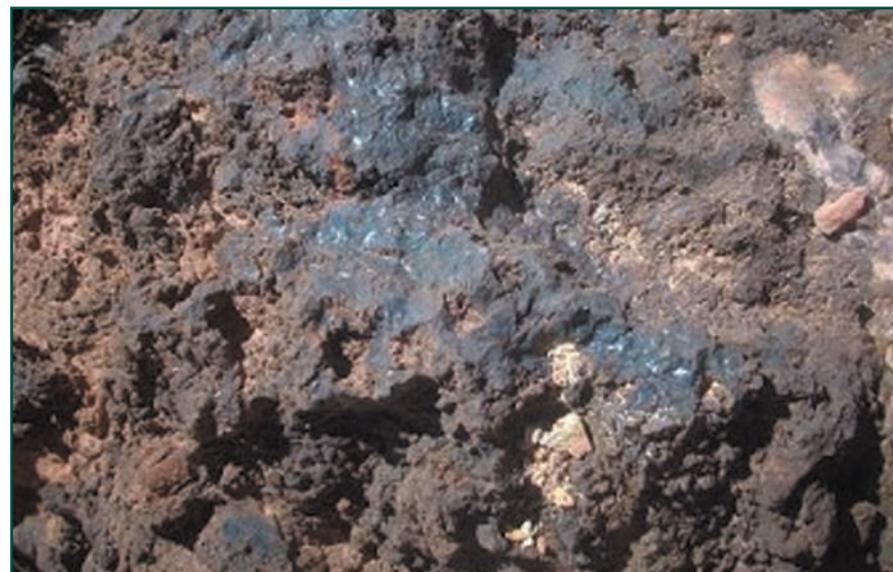
El camión llevaba su carga hasta el horno y una vez allí levantaba el volquete y vertía en su interior las toneladas de carbonato que llevaba para su combustión.

“Para obtener el hierro de los carbonatos había que calcinarlos y para eso se construyeron los hornos de calcinación -señala Manuel-. El horno tenía que estar siempre lleno. Entre carga y carga, se echaban algunas paladas de carbón, en una proporción de treinta kilos de carbón por cada tonelada de carbonato.

Cuando el mineral se sacaba calcinado



10



en las dos terceras partes del horno, se extraía una tercera parte y se volvía a cargar hasta arriba, y se arrojaban nuevamente algunas paladas de carbón. Con el mineral que ya estaba caliente y la ayuda del carbón, el horno seguía calcinando el carbonato”.

“Recuerdo que siempre había una persona al cuidado del horno. Era muy importante que éste no superase los 900 °C, para así evitar la escorificación, es decir, que los carbonatos no generaran escorias. A través de la calcinación se lograba eliminar el carbono y aumentar la pureza en hierro del mineral, es decir se obtenía un hierro de mejor calidad, por eso se calcinaba. Pero para ello se necesitaba gente que rompiera en trozos el carbonato y lo cargara a los camiones”.

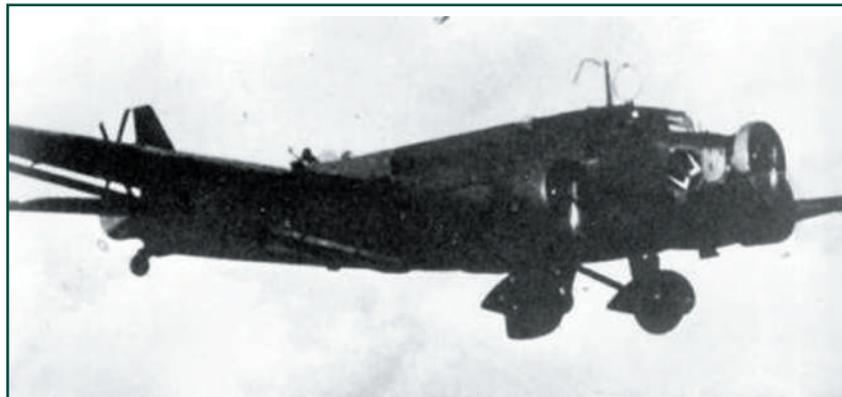
Manuel se pasaba todo el día rompiendo trozos de carbonato con el “mayo”, que era como se llamaba la maza con la que lo golpeaban.

- ¿Venías todos los días desde Karrantza para trabajar en el horno de calcinación?

- No, había una posada al lado de la mina. Lo regentaba una señora muy simpática. Allí estuve trabajando hasta que estalló la guerra civil en julio de 1936.

Entonces Manuel tenía 18 años, a punto de cumplir 19, unos meses

11



después, concretamente el día 27 de septiembre.

Cuando le preguntamos cómo le pilló la guerra, Manuel responde:

“Recuerdo que estábamos en casa todos y cuando estalló el movimiento éste, el Gobierno hizo entonces un llamamiento a la población para que colaborara en la defensa de la República y se alistara para ir a luchar contra los sublevados”.

“Tres de mis hermanos se fueron como voluntarios (Francisco, Tomás y Ramón). Como mi padre se quedaba prácticamente solo para atender al ganado y al campo, decidimos que me quedase yo con él, para ayudarle en los trabajos del baserri, sobre todo en el ordeño de las vacas, porque él las cuidaba pero no sabía orde-



ñarlas. Y es que en aquel entonces, ¡a un padre quitarle tres hijos de golpe!... A los 62 años falleció. Tuvo que vender la pareja de bueyes para mandarnos dinero cuando estuvimos presos en los batallones de trabajadores.

Luego más tarde fui yo también de voluntario, pero mientras tanto estuve trabajando con mi padre”. “Todos mis hermanos se alistaron en el batallón Abellaneda, del PNV”.

- ¿Cuándo fuiste tú de voluntario Manuel?

- Cuando los batallones de Avellaneda y Muñatones se quedaron con poca gente, por las bajas que habían sufrido en el frente y se integraron en el batallón Araba. Fue en ese momento cuando yo ingresé en el batallón Araba. Sería el mes de agosto de 1937, ya a última hora, tras la caída de Bilbao, dos meses antes (en junio 1937), cuando la guerra en Euskadi estaba ya terminando.

“Me apunté en Güeñes, que es donde estaba el cuartel general de Avellaneda. Era la casa de Urrutia, que se la cedió al PNV para luego utilizarla como cuartel. Allí estaban las oficinas de alistamiento y allí iba a alistarse la gente de todos los pueblos de la comarca, Balmaseda, Güeñes, etc”.



14

“Pero como te digo cuando yo me apunté estaban ya replegándose los batallones y recuerdo que pensé: “me caguen la puñeta, estamos arreglados”.

“El batallón Araba estaba de retirada y bajamos por Cantabria hasta Laredo. Me encontré con mis hermanos en Limpias (Cantabria). Los tres estaban en el batallón Araba que quedó a última hora tras fundirse con los batallones de Avellaneda y Muñatones”.

“¡Lo que lloramos al vernos todos!”...

“Cuando llegamos a Laredo nos dijeron que teníamos que dejar los fusiles ante un general de la Guardia Civil. ¡Nos dolió mucho hacerlo!, ¿eh?, pero no tuvimos más remedio”.



“Recuerdo como si fuese ahora mismo que ese general nos dijo:

“Para ustedes ha acabado la guerra”. Quizá la guerra sí, pero las penurias realmente empezaron entonces”.



Confinamiento en la playa de Laredo

A Manuel no le tocó ir al campo de batalla, pero sí vivió la retirada del batallón Araba que en virtud del Pacto de Santoña acudió con los demás batallones vascos a la playa de Laredo.

Allí se entregaron a las tropas italianas y les confinaron en la playa.

“En aquel inmenso arenal no había nada. En cuanto llegamos a la playa de Laredo estuvimos tres días sin comer”. -recuerda Manuel-. En la fábrica pesquera de Isabel Arregi, que estaba en la misma playa, habían dejado algunos sacos de azúcar. Recuerdo que llené de azúcar la bolsa que llevaba y que allí no quedó nada. Tomábamos un poco de azúcar y un trago de agua y así pasamos esos tres días”.



“Desde el cuartel de carabineros, tirando para Colindres, estábamos los prisioneros”.

“Posteriormente, ya los familiares, que sabían que estábamos en Laredo prisioneros y hambrientos, nos empezaron a traer

15



16

comida”.

“Los italianos se portaron bien con nosotros. No nos incordiaban y en nuestro regimiento no entraba nadie. También dejaban que nuestros familiares nos entregasen personalmente la comida que nos traían”.

“Cuando venían nos llamaban por los altavoces para que pasásemos a recogerla. Ibas allí, recogías lo que te habían traído, veías a tu familia y volvías a tu sitio”.



17

“Pero cuando llegaron las tropas franquistas, que eran dos compañías de Santander, la cosa cambió radicalmente y ya no dejaban que nuestros familiares nos dieran comida. Y no sólo eso. Casi todos los días pasaban unos cuantos militares fascistas con las flechas y una boina roja para reconocernos y casi siempre se llevaban a alguno para fusilarle. No volvió ninguno de los que se llevaron. ¡Eso fue duro!”

“Cuando los veíamos venir nos dábamos la vuelta para que no nos pudieran ver bien y no pudieran reconocernos”.



“Tras varias jornadas de ayuno, un día los franquistas nos dieron una lata de carne de buey para cuatro personas. Pero como teníamos el estómago completamente



18

vacío, ¡nos entró una diarrea a cuenta de aquella carne!... En aquellas condiciones sí podíamos beber agua, pero comer, no”.

“Estuvimos ocho o diez días francamente mal. ¡Andábamos al garete!, menos mal que teníamos buenos wáteres.

“Hacíamos un hueco en la arena, y luego lo tapábamos”.



“Toda la playa estaba llena de gente perteneciente a batallones de todos los ideales”.

“En la playa de Laredo estuvimos algo más de un mes, y poco a poco nos fueron sacando de allí. A los mandos les llevaron a prisión y a los

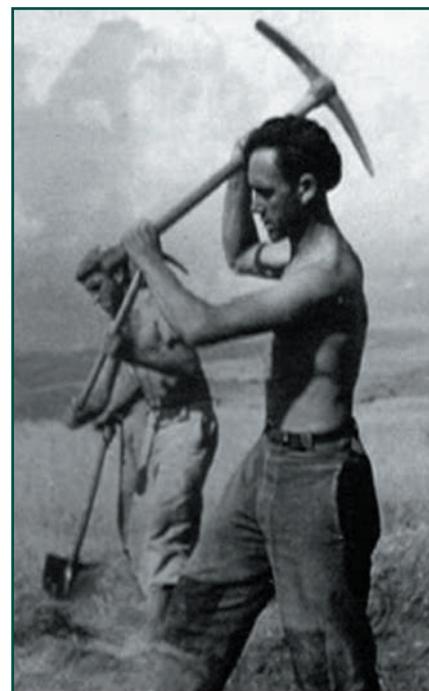


19

demás a realizar trabajos forzados, a los famosos “batallones de trabajadores”. A mí me tocó el batallón número 24, estafeta número 17”.

“Recuerdo que vino un tren de mercancías a Treto y nos subieron a sus vagones como si fuésemos sardinas en lata. De allí fuimos todos apretados hasta Amezola, en Bilbao. En Amezola nos bajaron y fuimos andando hasta la estación del Norte de Renfe, donde había otro tren de mercancías. Aquella era vía ancha, porque hasta Amezola era vía estrecha”.

“Ese tren nos llevó a San Juan de





20

Mozarrifar, en Zaragoza. Allí nos quitaron las fotografías y el dinero que llevábamos encima y nos enviaron a Teruel, a las localidades de Villaespesa y Villaestar, donde nos mandaron construir una carrera que uniese los dos pueblos, porque lo que había era una pista de tierra por donde transitaban carros de



21

mulas”.

“Había que igualar el terreno, echarle piedra.... Un día había que





22

pedirle la mula a un vecino, otro día a otro, para echar las piedras. ¡Y ya hicimos la carretera aquella, sí, sí. En Teruel”.

“Cuando la terminamos nos trasladaron a Teruel capital. Allí íbamos todos los días a trabajar al monte, a La Muela, para hacer fortificaciones”.

“Nos levantábamos a las siete de la mañana y estábamos todo el día trabajando sin parar hasta la noche. No había horas. Luego ya hubo horas, pero al principio nos tenían

trabajado de la mañana a la noche ininterrumpidamente”.

“Sólo parábamos al mediodía un poco para comer, generalmente garbanzos, que muchas veces estaban duros porque entonces los cocineros andaban mal con la leña y no se cocían bien. Había que cascarlos como a las avellanas. Pasábamos mucho hambre ¡cagüen la leche!”

“En mi batallón recuerdo que estaban los componentes el Orfeón de Ondarroa, ¡qué bien cantaban el “Boga boga!”. También había un pelotari llamado Juan Zabala, alias Ortuondo, que se dejó ganar un partido y por dinero ganó después la revancha a los chulos que se hacían llamar nacionales”.

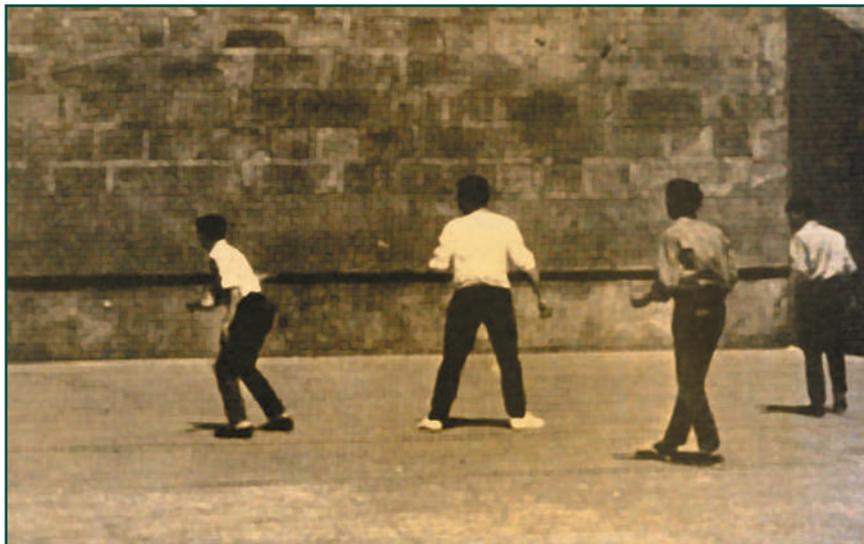
- ¿Cómo fue exactamente la apuesta?

- Pues nada, los domingos, que era el día que teníamos libre, jugábamos a pelota en unas paredes que había en el pueblo y los nacionales que nos vieron, le retaron a Juan Zabala y apostaron que le ganaban. Todos los trabajadores apostamos por él, pero nos dijo que se iba a dejar ganar y que luego les pediría la revancha, así que no apostamos mucho. Y así fue; en el primer partido se dejó ganar. Luego, les pidió la revancha y a la semana siguiente se celebró, entonces triplicamos las apuestas y ellos también, pero perdieron

El partido comenzó a las once de la mañana. Ellos comenzaron sacando y Ortuondo, en un principio hacía como que le costaba llegar a la pelota y les dejó que le hicieran tres tantos. Hasta que dijo: Bueno ya vale, ya no marcáis más.

Después cuando le tocó sacar a él preguntó. Cuántos tantos habéis hecho?, ¡tres!, pues, ya no vais a hacer ninguno más.





24

Entonces saca y le pegaba cada "trallazo" a la pelota que ya no podían devolverla. Otra vez vuelve a sacar y la pelota va hasta atrás del todo y no la pueden devolver. Y así acabó el partido; saque tras saque, no pudieron volver ni un sólo saque.

En cuanto acabo el partido se marcharon de allí todos los nacionales cabizbajos, conscientes de su derrota ¡no quedó ni uno!

Todo lo que apostaron lo perdieron. Aquello nos dio mucha alegría y nos levantó la moral, que falta nos hacía al estar soportando una y mil humillaciones como prisioneros de guerra que éramos.

"En Teruel estuvimos trabajando bastante tiempo, unos cuatro meses, pero anunciaron que los republicanos, a los que llamaban los rojos, iban a tomar Teruel; ¡y lo tomaron! Entonces a todos los prisioneros nos trasladaron en camiones durante la noche hasta Sigüenza, en Guadalajara. En Sigüenza estuvimos cuatro días en el castillo, por el que pasaban todas las tropas nacionales. Allí cogí los primeros piojos, porque en ese castillo habían estado los moros, las tropas militares de regulares... Recuerdo que había un polvillo de paja corta en el suelo que estaba repleto de ellos".

"De Sigüenza nos llevaron a Mirabueno, y de allí hasta un pueblo llamado Inviernas donde tuvimos que hacer una carretera que enlaza-



se con Mirabueno y con Sigüenza. En Inviernas pasamos todo el invierno trabajando en la carretera".

"Nos alojaron en unas casas viejas con los tejados desvencijados en las que había que estar poniendo tejas y trozos de lona, pero aún así, durante las noches que nevaba mucho, se colaba la nieve por los agujeros y cuando nos levantábamos por la mañana teníamos



25



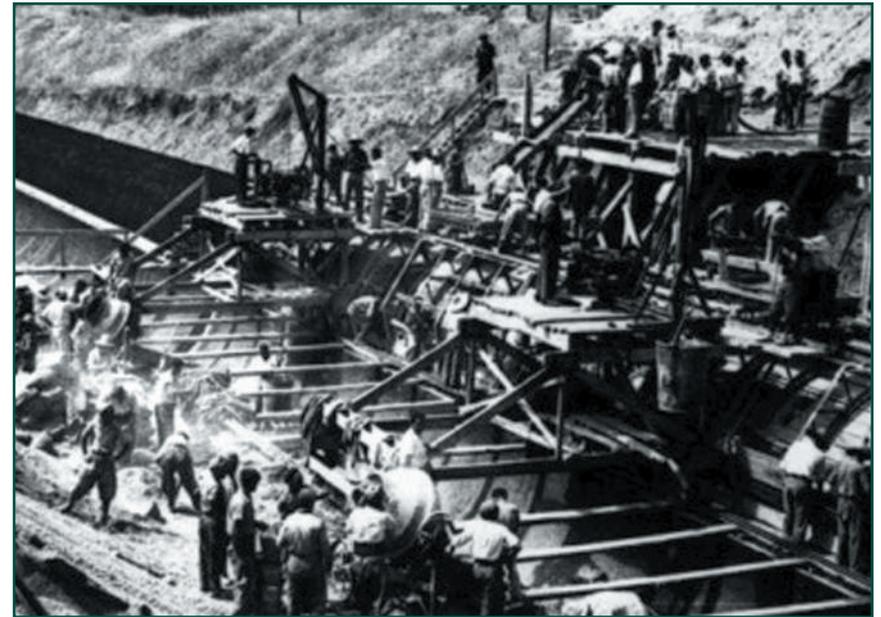
26 montoncitos de nieve encima de la manta. Recuerdo que cada cuatro personas teníamos una manta, ¡y pasábamos un frío tremendo allí!...”

“Estando en Inviernas se nos rompieron las botas que llevábamos desde Laredo. Pero en vez de darnos otras, o algún tipo de calzado, nos dieron unos sacos terreros y unas cuerdas para amarrarlos y tuvimos que trabajar 26 días, en pleno mes de febrero, con los pies envueltos en la tela de aquellos sacos terreros sobre



el monte nevado, a ocho kilómetros del pueblo. ¡Y menos mal que cerca del cuartel nos dejaban hacer fuego! Era lo único que nos dejaban hacer”.

“Allí nos calentábamos y secába-



mos la ropa y los sacos que se rompían, a pesar de que poníamos una tablita a modo de suela. La tela del saco se rompía siempre y los pies se nos quedaban literalmente congelados. ¡Cómo dolía! Pero había que seguir trabajando horas y horas en la nieve”.

“Los que estaban enfermos no trabajaban porque evidentemente no tenían fuerzas y no podían, pero los demás todos estuvimos trabajando durante 26 interminables jornadas con los sacos terreros en los pies y sobre la nieve durante todo el día. ¡Te puedes imaginar cómo se nos quedaban los pies! Para qué te voy a contar más. ¡Qué frío y qué dolor pasamos cuando aquello!”

“Estando trabajando en Inviernas un día un avión del bando nacional bombardeó, al parecer por equivocación”, el cuartel, donde nos alojábamos, eran unas casas viejas. Y tres de los trabajadores que estaban allí enfermos, que no habían ido a trabajar con los demás, murieron. Nosotros estábamos trabajando a unos diez kilómetros de allí, haciendo la carretera y cuando volvimos ya los habían llevado. Y no supimos más de ellos”.

“Recuerdo que después de estar todo el día en el monte, regresábamos por la noche, hacíamos fuego y nos calentábamos los pies,



28

que estaban helados, morados y entumecidos”.

“Cuando por fin terminamos esa carretera nos llevaron a Toledo y allí estuvimos otra temporada buena, ¡Mecagüen el diablo! Nos mandaron construir una vía de ferrocarril, que iban a hacer nueva, que combinaba con Madrid. Teníamos que meter las piedras bajo las traviesas para guardar el nivel. Recuerdo que bateamos todas las vías. El batallón entero, compuesto por 400 o 500 hombres lo hicimos. Metimos las piedras bajo el carril”.

“Y para colmo, cuando entraron las tropas nacionales a Madrid, nos hicieron desfilar delante de una compañía del Ejército en Toledo. Nos hicieron ir desde la estación hasta el Alcázar cargados con la manta, la mochila, la colchoneta, el picachón, la pala y una barra pequeña de hierro que usábamos para levantar las piedras que ofrecían resistencia”.

“Desfilamos por toda la calle Zocodober, hasta el Alcázar. Nuestra compañía de trabajadores abultaba por tres compañías del Ejército ¡Y encima nos hicieron ir pertrechados con todo!”...

“Cuando terminamos el desfile muchos se cayeron desmayados y



29

la mayoría no podíamos ni mantenernos en pie. ¡Comer mal y una paliza de esas!... Aquello también fue terrible”.

- ¿Cuánto tiempo duró ese desfile Manuel?

- Bastante, unas dos horas y pico o así duró. Todos fuimos cargados, delante de los soldados, porque venía una compañía de soldados detrás.

Tras el desfile, al cabo de un par de días, nos trasladaron a Madrid, a un pueblo que le llaman “Las Matas”. Allí estuvimos arreglando carreteras y desmantelando refugios que habían hecho las tropas republicanas con sacos terreros y traviesas de tren. Las traviesas y los carriles de vía los volvimos a llevar desde los refugios hasta la vía del tren, porque desde Madrid hasta el Escorial, arreglamos toda la vía nosotros.

Era doble vía, pero antes de llegar nosotros allí, las fuerzas republicanas habían quitado trozos de vía y los habían utilizado como material para hacer refugios con traviesas y sacos terreros, de manera que sólo circulaba una vía. La otra vía la reconstruimos entera, a base de quitar las traviesas y los carriles de los refugios.



30

Recuerdo que entre siete u ocho personas cargábamos con un carril, que medía 12 metros y lo llevábamos a hombros a la vía original de donde había sido extraído.

Había que trabajar con vista, porque de lo contrario, te matabas con esos carriles tan pesados. Teníamos un encargado que nos dirigía y nos daba las órdenes. Todos los movimientos los hacíamos acompañados. Al que era un poco más bajo, le daban un "saquillo" para que lo pusiera en el hombro y lo igualaban con la altura de los demás.

Para descargar los carriles nos decían: "¡a la una, a las dos, y a las tres!" y entonces todos soltábamos el carril para que no nos pillase. Así pusimos todos los carriles, uno a uno, desde Madrid hasta el Escorial.

- ¿Cuánto tiempo estuvisteis con esta obra?

- Estuvimos bastante tiempo, varios meses. ¡Lo pasamos más mal que la puñeta!

- ¿No solíais escribir a la familia?

- A veces. En alguna ocasión nos mandaban algún giro, pero rara vez.



31

Recuerdo que había un tal García que era de la parte de San Sebastián. Ese hombre era un bendito. Siempre que nos llegaba algún giro con dinero, se lo dábamos a él para que nos lo administrara.

"Una vez estábamos una cuadrilla de veintitantos de Ondarroa, Bermeo y Karrantza y juntamos un dinero que le dimos a este García. Él no quería que se lo diésemos, tenía la familia en Francia y a él no le enviaban nada".





32

García le solía entregar el dinero a otro gudari que estaba con nosotros, que hacía de recaudista, para que fuese a comprar bocadillos, que en realidad no eran más que un chusco pequeño con morcilla. El recaudista iba al pueblo y nos traía en un saco los chuscos que luego García repartía para todos los que lo habían encargado. Así, el recaudista que enviaba García estuvo haciendo recados durante meses. Pero un día que fue a por los bocadillos, casualmente era su cumpleaños y volvió más “alegre” de lo habitual, no se si bebería un “blanco de más o qué”, pero el caso es que gritó dos o tres veces: “Gora Euskadi askatuta”.

“Los guardias civiles que estaban vigilando el río le oyeron, le apresaron, y llamaron al jefe del batallón. “¡Me cagüen el diablo!, ¡la que se armó!”, al día siguiente, a las siete de la mañana nos formaron y nos llevaron a un pueblo que le llaman “Orillas del Rey”, que estaba unos 500 metros del pueblo de Las Matas, donde estábamos trabajando”.

“Allí había una ladera y unas campas y nos hicieron formar en forma de U. Cada batallón de trabajadores en un lado. Al poco tiempo vemos que le estaban subiendo del pueblo. El gudari, imaginando lo que le iba a pasar, les debió decir a los guardias que tenía un cinturón y una cartera que le había regalado su madre el año anterior por su cumpleaños y pidió que le dejaran entregár-



33

selo a un compañero para que se lo hiciera llegar”.

“Los guardias accedieron a ello y cuando le dio la cartera y el cinturón al compañero, le dijo: “toma esta cartera y este cinto y dásela a mi madre, y dile que si hay Dios, nos veremos en la otra vida”. Seguidamente echó la vista para todos nosotros y nos dijo. “Y a vosotros os tengo mucha lástima por lo que vais a pasar”. “Lo mío ya veis lo que hay, pero vosotros vais a sufrir mucho”. En ese momento vino un guardia y le tapó la boca para que no siguiera hablando y no pudiera gritar “Gora Euskadi Askatuta” y se lo llevaron para fusilarle a unos veinte metros de allí.”

“Si llega a gritar, todos le hubiéramos contestado: “¡Gora!”

“Unos días antes se habían escapado tres trabajadores del batallón y quizá para darnos un escarmiento, el caso es que el jefe del Batallón de trabajadores decidió fusilarle y asignó a cuatro guardias para que se encargaran de ejecutarlo, delante de todos”.

“Después de dispararle, el pobre chaval se levantaba, se caía, se volvía a levantar, se volvía a caer, hasta que un jefe fascista vino allí, le dio la vuelta y le pegó un tiro en la frente”.



34

“Muchos prisioneros-trabajadores se desmayaron ante el shock que les supuso ver esa cruel ejecución de un compañero, tras comprobar el verdadero rostro de los vencedores y su catadura moral”.

“Como protesta ante tal salvajada estuvimos todos los trabajadores sin comer durante cuatro días”.

“Nos llevaban a la orilla de la vía las perolas con la comida, pero íbamos con el plato boca abajo para que no nos pudieran echar nada. Y por la noche, después de haber estado trabajando durante todo el día, hacíamos lo mismo, íbamos a coger la comida con el plato para abajo, para que no nos la pudieran echar”.

“Lo que hacíamos era coger raíz de regaliz, con el picachón, y beber mucha agua. Así pudimos aguantar y manifestar nuestro rechazo pacífico a su barbarie, al mismo tiempo que les mostramos nuestra superioridad moral. A última hora nos pidieron por favor que abandonásemos la huelga de hambre”.

“Primero vino un sargento para convencernos, pero no lo logró y luego vino un teniente y nos pidió que comiéramos porque temían que pudiera pasarnos algo: “¡hombre, por favor, aunque sea un cucharón, que tampoco es cuestión de eso!”- nos decía.



“Uno que nos representaba a los prisioneros trabajadores, aunque en realidad éramos esclavos, le dijo: “Mejor que nos mataríais a todos para que estéis contentos.

Eso es lo que teníais que hacer, matarnos a todos ya”.

“El teniente se quedó totalmente acobardado a oír esas palabras, que no esperaba”.

“Después le dijo otro trabajador, que era el jefe de toda la cuadrilla”:

“Bueno, un cazo sólo, ¡eh!”

“A partir de ese día nos echaban un cazo y nos marchábamos. Así estuvimos meses. Sobraba comida “a punta pala”. A la hora de comer tomábamos un cazo y por la noche otro. Así estuvimos meses y meses. ¡Y nadie pedía más eh! ¡Y eso que estábamos con un hambre que ni te imaginas! Pero lo hacíamos por dignidad,

por recordarles su barbarie y mostrarles nuestro rechazo frontal a ella”.

“Me acuerdo que me quedé muy delgado y también de unos chavales de 17 o 18 años que estaban en el batallón, que



35



36 se mareaban cuando trabajaban tantas horas sin apenas comer”.

“Estando en Madrid, a mi hermano mayor, José María, que estaba conmigo en el batallón 24 de trabajadores, le enviaron para casa. Era de la quinta de 1934”.

Melilla, el último destino

“A los demás del batallón 24 nos trajeron a Vitoria, concretamente a Nanclares de la Oca. Allí nos llegó una orden tajante de que al cabo de una semana teníamos que ir a Melilla”.



“Entonces yo envié un telegrama a mis padres diciéndoles que estaba en Nanclares y que en unos días me enviaban para Melilla a trabajar con el batallón. Se lo di al cartero y él puso el telegrama”. “Al día siguiente mi padre y mi madre vinieron a visitarme. El jefe del Batallón, era un capitán que me dejó estar todo el día con ellos y me eximió del trabajo”.

- ¿Cómo fue el encuentro con tus padres Manuel?

- Muy emotivo. Mi madre me abrazaba sin parar y mi padre no hacía más que pasarme la mano por el hombro. También la despedida fue emotiva y muy triste.

Un día después nos llevaron en un tren de mercancías hasta





38

Málaga para embarcar en un barco llamado "Vicente Puchol". Tardamos día y medio en llegar de Vitoria a Málaga. Cuando pasaba un tren de pasajeros nos dejaban en vía muerta.

"Íbamos todos apretados en los vagones y nos dieron varias latas de sardinas y un pan a cada uno. ¡Pasamos un calor!"

"Cuando por la mañana llegamos a Málaga, nos llevaron a una zona que llamaban "La Aurora". Era una explanada al aire libre y ahí estuvimos concentrados hasta las ocho de la tarde, hora en la que nos llevaron hasta el puerto de Málaga para embarcarnos con destino Melilla".



"A todo el batallón que éramos entre cuatrocientas y quinientas personas, nos colocaron en cubierta y en las bodegas".

"Al cabo de dos horas y media o tres horas de zar-



par, se presentaron tres barcos de guerra ingleses, uno por cada lado del barco y otro se que debía ser un destructor porque daba miedo verle, se atravesó por delante. Y allí estuvieron haciendo señales con luces y nos tuvieron parados dos horas y media hasta que comprobaron nuestra procedencia, quiénes éramos y cuál era nuestro destino. Ahí sí que pasamos miedo. Más de un momento creímos que era nuestro final porque nos iban a torpedear".

"Al final se aclaró la cosa y nos dejaron salir, pero al cabo de una hora aproximadamente se levantó una tormenta y un oleaje enorme. Nos calamos enteros todos los que íbamos en cubierta".

"Una vez que llegamos a Melilla nos subieron a todo el batallón 24 en otro tren de mercancías y nos llevaron hasta el pueblo marro-



quí de Segangan, donde nos alojaron en un cuartel militar. Durante el viaje en el tren de mercancías, con el calor que hacía en Marruecos, se nos secaron todas las ropas que llevábamos mojadas por la tormenta y oleaje

39



40

de esa noche”.

“Allí la verdad es que no trabajamos mucho, en comparación con lo que habíamos trabajado anteriormente. Igualamos una carretera y poco más. En Marruecos lo peor no fue el trabajo, sino el hambre, la suciedad y la miseria que pasamos”.

“Teníamos muchos piojos, que habíamos cogido en el castillo de Guadalajara, que hacía las veces de cuartel”.

- ¿Cómo eliminabais a los piojos?

- Solíamos poner una hoja de periódico en el suelo y los echábamos allí. Después prendíamos fuego al papel y estallaban “pim”, “pam”, como las ascuas al arder. Nos reíamos al verlo, era nuestra diversión, a modo de venganza por todo lo que nos hacían sufrir esas endiabladas criaturas.

- ¿Cuánto tiempo estuvisteis en Segangan?

- Una temporada buena. Unos dos meses más o menos

- ¿Qué época del año era?

- Mayo y junio.

- ¿Pasaríais mucho calor?



41

- Pues sí, pero la verdad es que ya estábamos acostumbrados a pasar frío, calor y de todo. Pero sí, realmente en Marruecos pasamos mucho calor porque nos dieron unas lonas para resguardarnos, ¡y daban un calor tremendo!..., ¡me caguen su leche!

“Un día se levantó una ráfaga de viento del desierto, que le llamaban siroco. Vino haciendo remolinos y atravesó por todo el campamento,

llevándose por el aire las mantas, las lonas y todo lo que teníamos, hasta un monte muy alto que le llamaban las “dos cetras”. Era de arena, pero muy alto. Y la mitad de las cosas ya no las encontramos. Nos dejó sin nada”.



“Después de estar algún tiempo en Segangan, nos trasladaron a Melilla y allí nos dieron, a mí y a otros doscientos prisioneros aproximadamente, la libertad provisional. Pasamos en barco hasta Málaga y allí nos trajeron, a mí y a los demás compañeros, escoltados hasta Madrid”.

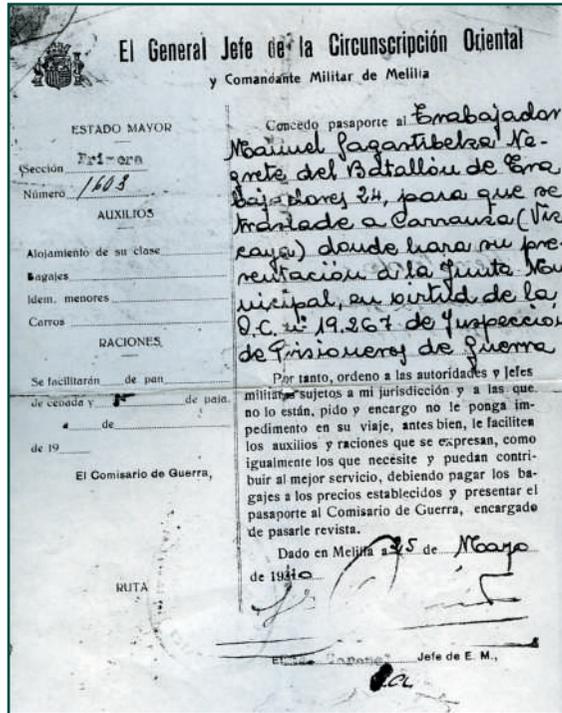
42

“En la capital de España nos entregaron los papeles que acreditaban la concesión de la libertad provisional. Entonces ya podíamos regresar a nuestras casas. Los soldados se retiraron y marchamos cada uno a nuestra ciudad”.

“Una vez de permanecer tres años preso, el día 3 de junio de 1940 llegué a Bilbao. Lo primero que hice es ir a casa de mi hermana y allí estuve con ella dos días. Después me fui a Karrantza, porque tenía que presentarme en el Ayuntamiento. Así lo decía en el papel que me dieron con la libertad provisional, que me tenía que presentar en el consistorio para sellar un papel”.

“Recuerdo que salí de casa de mi hermana en Bilbao, cogí el tren de la mañana y a las once o así pasé por Concha, donde está el Ayuntamiento de Karrantza. Subí arriba y le dije a un funcionario: “Vengo para que me echéis aquí el sello”.

“Un tal Julio Zarate, que era el Secretario del Ayuntamiento y el alcalde, sellaron el papel que me dieron y que aún lo conservo”.



“Bueno, ya me fui para casa y al fin veo a mis padres, a los que di una enorme sorpresa. Les dije que me habían dejado libre, al menos provisionalmente, y la alegría fue inmensa”.

“Pero al cabo de dos días viene la Guardia Civil a casa y le preguntan a mi madre”:

- ¿No vive aquí un tal Manuel Sagastibelza?

- Sí, yo soy su madre -le responde.

- ¿Dónde está?

- Pues ha subido con una carga de hierba a las campas de arriba.

Estamos llevando hierba seca para el ganado.

- ¡Pues dígame que baje inmediatamente!, ¡pero ya!, ¿eh?

“Lo decían con un tono de voz autoritario y déspota”.

“Mi madre asustada me viene a buscar a todo correr y me dice que están unos guardias civiles que preguntan por mí.

Yo decía para mis adentros, ¿pero qué querrán éstos ahora?, ¡a ver si me van a llevar otra vez preso a trabajar! “

“Cualquier cosa



43

podía esperar”.

“El caso es que bajo y me dicen”:

- ¿Usted no sabe presentarse a la Guardia Civil?

“Habían venido a buscarme por no haberme presentado en el cuartel, pero yo les respondí”:

- A mí el documento que me han entregado me dice “presentarse obligatoriamente en el Ayuntamiento de su destino”.

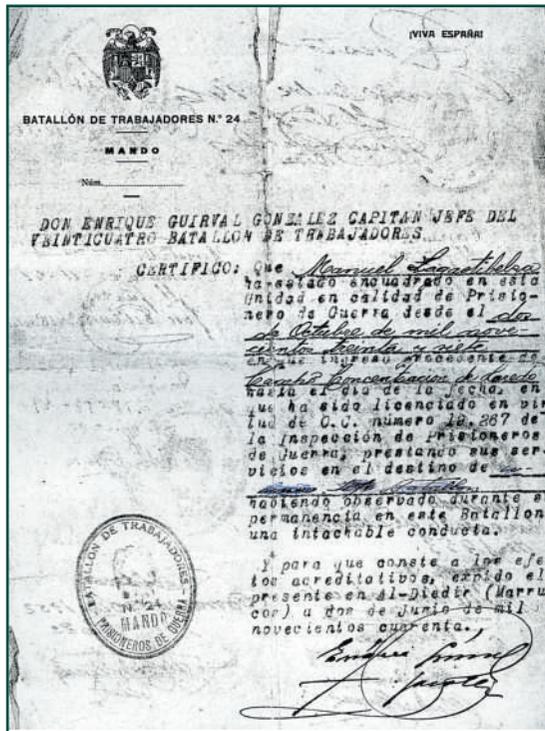
- ¡Baje los papeles inmediatamente! -me reclamaron los guardias.

“Subí a mi habitación, cogí los papeles y se los entregué”.

“Recuerdo que el capitán del batallón de trabajadores 24, Enrique Grival González, que era el jefe del batallón, estando en Melilla con nosotros, me hizo un papel en el que ponía que tenía una conducta intachable. Y gracias a ese papel no me enviaron de nuevo a trabajar a los batallones, porque yo no tenía ningún otro papel que acreditase mi buena conducta, que es lo que querían los guardias. ¡De buena me libré!”

“Me di cuenta claramente de que cuando les entregué el papel a los guardias, aquello les hizo daño”.

“Cuando lo leyeron le dijo un guardia al otro: “Pero cómo esta gente no es capaz de llamar a la Guardia Civil para decirle que se ha presentado este señor”



TESTIMONIO DE MANUEL SAGASTIBELTZA

“¿Tú sabes después qué simpatía tenían?, ¡parece mentira que tengan cuarenta caras!”

- “Bueno, bueno, no se preocupe y hasta otra”....- me dijeron finalmente.

“A partir de entonces una vez al año tenía que presentarme en el cuartel de la Guardia Civil, pero gracias a un guardia civil llamado Félix Zubizarreta, que era de Balmaseda, muy majo aquel, él me los llevaba y me los traía sellados los papeles. Y gracias a él no he tenido que ir todos los años personalmente al cuartel”.

Manuel entra a trabajar en Altos Hornos de Vizcaya

“Después de volver de Melilla estuve unos cuantos años trabajando con los padres en el caserío de Karrantza, cuidando el ganado y cultivando las tierras, hasta que fui a trabajar a Bilbao. Necesitaban gente en Altos Hornos de Vizcaya y entré a trabajar allí junto a unas cinco mil personas”.

“Yo tendría unos 29 años y allí he trabajado hasta 1981, año en el que me jubilé con 65 años”.

“Recuerdo que me dijo el jefe de personal, un tal Gonzalo, más cam-

pechano que la puñeta”:

- ¿Tu tienes despertador Sagasti?

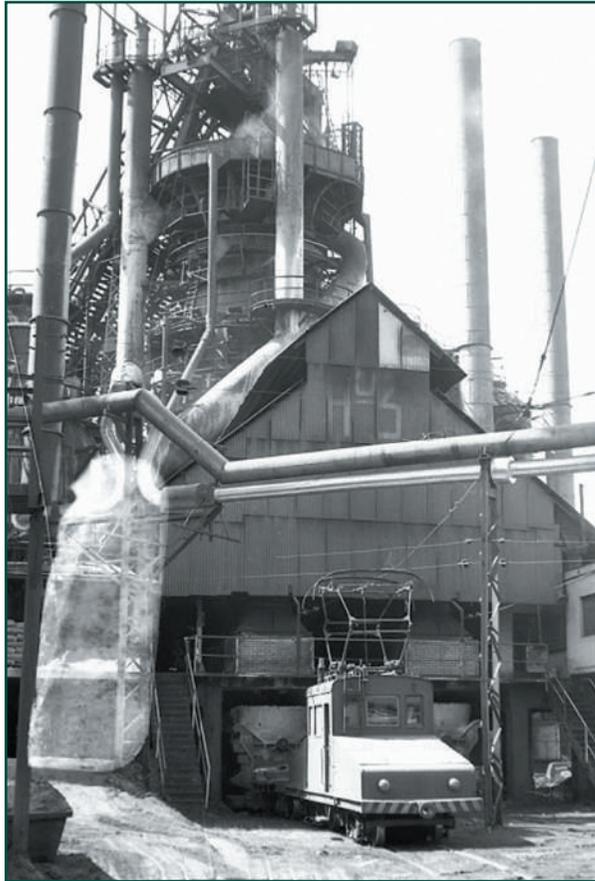
- Sí, ¡cómo no voy a tener!, ¡para madrugar por la mañana!

- Mira, te voy a decir una cosa. Cuando llegues a casa, lo coges y lo tiras por la ventana a la calle porque ya estás jubilado. No tienes que levantarte más. ¡menuda alegría me dio!

“Cuando entré a trabajar a Altos Hornos vivía en casa de un hermano y los viernes iba a mi casa de Karrantza, con mis padres para pasar el fin de semana”.

- ¿Dónde conociste a tu novia?

- En las romerías de Karrantza. La conocí unos años después de entrar a trabajar en Altos Hornos. Eugenia



Mauel el día de su boda con Eugenia.

Rozas se llamaba. Ella era de allí. Todos los fines de semana iba a Karrantza para ver a mis padres y estar con ella. Desgraciadamente Eugenia falleció a causa de un cáncer de mama cuando tenía 62 años, hace ahora 25 años.

- ¿A qué edad te casaste?

- Cuando tenía 37 años. Ella era once años menor que yo. Después de cinco años de noviazgo nos casamos en Karrantza y nos fuimos a Las Arenas de viaje de novios.

Estuvimos allí dos o tres días en los que fuimos al cine y a algún bar a tomar algo. Después fuimos a casa de mi hermana otros tres días y luego regresamos a Santurtzi a vivir a una habitación que nos alquiló una señora



mayor llamada Mauricia.

Allí tuvimos al cabo de unos meses a nuestro primer hijo, llamado José Manuel y estuvimos viviendo casi cinco años, hasta que compré el piso en el que vivo ahora en Cabièces. Aquí ya nació mi segunda hija, María Gloria, al cabo de cinco años de casarme. ¡Menuda alegría que me dio cuando nació!

- ¿A qué se han dedicado tus hijos?



- Mi hijo mayor, José Manuel, ahora ya está jubilado, pero ha trabajado en la Caja Laboral primero en Santurtzi, donde le hicieron jefe de la sucursal donde estaba, y luego en Barakaldo hasta que se retiró. Y mi hija María Gloria es ama de casa. Ahora vivo con ella. Bueno en realidad siempre he vivido con ella.

- ¿Solías ir con el hijo al monte?

- Sí ya he ido ir con él



varias veces al monte. Una vez fuimos al Gorbea cuando yo tenía 90 años. Y llegamos hasta la Cruz a las doce del mediodía.

- ¿Tienes nietos?

- Sí dos, una de la hija llamada Enara que tiene 21 años y estudió Educación infantil;

y otro del hijo llamado Pello, que ahora tiene 28 años y ha estudiado un grado superior y ahora está haciendo magisterio en el campus de Leioa de la Universidad del País Vasco.



- ¿De qué trabajaste en Altos Hornos de Bizkaia?

- Era vigilante de máquinas en los hornos de coque, que estaban en La Iberia de Sestao. Mi trabajo consistía en preparar las máquinas y engrasarlas para que funcionasen correctamente. Tenía once máquinas grandes a mi cargo.

- ¿Qué función desempeñaban las máquinas que tenías a tu cargo?

- Eran máquinas que servían para deshornar los hornos, para sacar de los hornos el





coke.

50

Quando había que parar una máquina porque trabajaba mal, y había que repararla, me avisaban y yo la reparaba. Yo conocía hasta le último tornillo de esas máquinas.



Recuerdo que el encargado siempre estaba con las máquinas a vueltas y yo le solía decir: "si me hechas un cable, con una llave inglesa del 18, todos los cojinetes de abajo les apretamos, se le mete un poco de grasa y ya verás como empieza a trabajar bien, si no tienes que llamar a los ajustadores".

"¡Cagüen diez Sagasti, ya te ayudo yo!", me decía el encargado. Y los dos" tipi



tapa", "tipi tapa", nos poníamos a ello y cuando terminábamos la máquina ya funcionaba bien.

- ¿Cuáles han sido los momentos más felices de tu vida Manuel?

- Cuando estuve preso en el Batallón de Trabajadores, estando en Las Matas, en Madrid me eligieron para trabajar con un carpintero. El feje del batallón me subió con él arriba y estuve unos dos meses

muy bien. No nos faltaba de nada, ni de comer ni de nada.

- ¿Por qué no te fuiste para casa cuando ibas hacia Laredo con el batallón Araba para evitar así que te cogieran pri-



51



52

sionero?

- Pues porque como estaban los hermanos allí, por ir con ellos. Y uno de ellos, el mayor, José Mari, estuvo conmigo todo el tiempo en el batallón 24 de trabajadores. Otro, Tomás, estuvo en otro batallón de trabajadores y le llevaron a la parte de Asturias. Y el



53

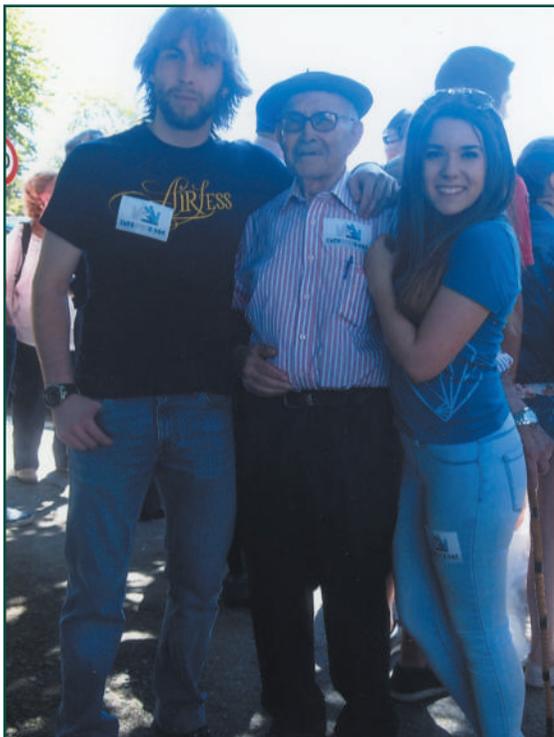
TESTIMONIO DE MANUEL SAGASTIBELTZA

otro, Francisco, cayó herido en le monte Bizkargi. Después ha estado trabajando en Altos Hornos hasta que se ha jubilado.

Mis hermanos fueron avanzando hasta que llegaron a Villareal. Allí



se paró el frente y en esta localidad alavesa estuvieron todo el invierno controlando aquello hasta que en la primavera, el General Mola atacó y tuvieron que replegarse hasta llegar al monte Bizkargi, en la parte derecha de la ermita de la Cruz y ahí cayó herido mi hermano.



54

Un teniente del batallón, llamado Nicolás Campos, le ayudó a bajar a la carretera para llevarle al Hospital de Basurto. Eran los primeros camiones de heridos que bajaban cuando se produjeron los primeros combates en Villareal.

- ¿Recuerdas alguna anécdota de cuando trabajabas en los batallones?



- Recuerdo una vez que había unos trabajadores jóvenes que a la hora de darnos el rancho se ponían los primeros siempre. Un jefe del Batallón, les caló y nos subieron a todos a un montículo y de allí tocaban "la fagina" para que



55



56

fuésemos a comer el rancho. Entonces había que bajar abajo donde estaban las perolas, pero éstos como eran más jóvenes que nosotros corrían más y siempre llegaban los primeros. No podía hacer nada. Los veinte primeros que se ponían a la cola siempre cogían el reenganche, es decir cuando habían dado a todos se volvían a poner a la cola y como siempre sobraba comida para ocho o diez, ellos comían dos veces, doble ración.

El tener que bajar corriendo para ir a por el rancho a nosotros nos fastidiaba mucho porque los jefes se reían de nosotros viendo cómo corríamos. ¡Y eso también clama al cielo! ¿eh?

- ¿Qué os solían dar de comer?

- Garbanzos, alubias, lentejas... Pero como tenían que hacer la comida con leña, unas veces estaba la comida bastante bien y otra apenas se podía comer, porque estaba dura y sin hacer.

- ¿Y carne?

- La carne no existía.

- ¿Cuáles son los peores días que has pasado cuanto estuviste preso en el batallón de trabajadores?

- Cuando estaba haciendo las vías del tren de Madrid a Las Rozas y llevábamos los carriles desde el monte hasta la vía. Recuerdo



57

que solíamos cantar una canción que decía:

“Somos los trabajadores, del “24” la primera compañía que sale al tajo. Tiramos de pico y pala y sin comer. En la cantera Zukaika hay muchas piedras para romper. Tenemos un capataz, que le llamamos “copón”, que nos hace trabajar sin ninguna compasión. Él se gana los honores de don Saturio, los pobres trabajadores sin desayuno”.

Esta canción se la cantábamos a ese capataz llamado Marcelino, que era el militar al que llamábamos “copón” porque se cagaba siempre en el copón y siempre estaba de mala leche con nosotros.

Nos estaba mandando, pero no sabía ni cómo mandar. El otro que estaba con él era el “subastante” que se llamaba Saturio. Le cantábamos esa canción todos mientras trabajábamos y él estaba allí con nosotros. Estábamos 50 o 60 tíos en poco sitio a una parte de la vía, y todos a la vez cantábamos esto. ¡Y lo otros a aguantar!

Tardamos quince días en componerla. Uno hacía una estrofa, otro otra, luego mejorábamos alguna palabra hasta que nos quedó como te la he cantado.



58

Homenajes en memoria de los gudaris

- ¿Cuándo comenzaste a ir a los homenajes que se celebran en memoria de los gudaris?

- Antes de que se celebrasen los de Artxanda en 2006 se celebraba el día del Gudari y unas veces se rendía homenaje en Zaramillo, otras en Sodupe, las Arenas.... A los homenajes he ido a todos.

- ¿Cómo supiste que se inauguraba la huella en Artxanda?

- En el Batzoki de Santurzi lo comentaron y me avisaron. Fue en junio de 2006. Estuvo Ibarretxe en la inauguración.

- ¿Qué te pareció la idea de hacer un monumento que rindiese homenaje a todos los gudaris vascos de todos los batallones e ideologías?

- Me parece bien, porque incluso Azkuna, el alcalde de Bilbao, que hablé yo mucho con él, nos dejó dicho a mí y a José Moreno, que “cuando se haga algún homenaje el día del gudari, debe de ser en Artxanda, que allí se combatió a base de bien, hubo muchos combates y allí dejaron su vida muchos gudaris, por eso es más propio que se haga en Artxanda que en Gernika, que es



59

TESTIMONIO DE MANUEL SAGASTIBELTZA

donde se pensaba poner en un principio el monumento de la huella. Y si en el futuro se hace alguna escultura más, ahí debería ponerse”. Y tenía razón.

- Cada año se ven menos gudaris en los homenajes

- Si, ahora ya no vamos más que José Moreno y yo, solos. Bueno el viernes 26 de septiembre, el Ayuntamiento de Bilbao rindió homenaje en el parque de Doña Casilla a los gudaris que habían defendido Bilbao y con nosotros estuvo otro gudari de cien años que perteneció al batallón Otxandiano, llamado Fructuoso Pérez Arrospeide que, por cierto, se le venía muy bien de salud, de lo que me alegro. A ver si nos puede acompañar algunos años más.

- ¿Qué sientes cada vez que falta un compañero tuyo?

- ¡Hombre, pues date cuenta!, Una gran tristeza. Compañeros que han estado hasta hace poco contigo, han compartido vivencias y ya no están... Te acuerdas mucho de ellos.

- ¿Cuáles han sido los últimos homenajes a los que has ido Manuel?

- El domingo 21 de septiembre de 2014 estuve en Elgoibar. Allí se rindió homenaje a los gudarís de Zirardamendi. Casi mil personas participaron en este homenaje a los gudarís que estuvieron en el frente de Zirardamendi de Elgoibar.

El homenaje empezó a las nueve y media de la mañana y duró cuatro horas.

A las nueve y media el alcalde de Elgoibar, Alfredo Etxebarria, recibió a los representantes institucionales. Después fuimos andando hasta las fosas exhumadas de gudarís en Zirardamendi. Luego regresamos y se bailó un auresku de honor y plantamos un retoño del árbol de Gernika.

Más tarde jóvenes de los municipios vizcaínos de donde eran los legionarios y los catorce gudarís que se exhumaron, descubrieron un mural en su memoria.

Y el último homenaje en el que he estado ha sido en Bilbao, en el Parque de Doña Casilda, el 26 de septiembre. El Ayuntamiento de Bilbao rindió homenaje allí a los gudarís que protegieron la Villa durante la Guerra Civil. Este acto se celebró junto a la escultura llamada "Memoria viva", de Nestor Batteredxea. Estuvimos tres gudarís, Moreno, José y Fructuoso.

- ¿Qué opinión te merece la proliferación de los homenajes a los gudarís y a todos aquellos que lucharon por las libertades, enmarcados en la política de rescate de la memoria histórica que se está llevando a cabo ahora desde las institucio-



nes?

- Pues hombre, rescatar la memoria no está mal, para no olvidar y para que la juventud actual y futura conozca lo que ha pasado para que no se vuelva a repetir. Porque esas cosas, no hay derecho que tengan que repetirse



- ¿Que mensaje enviarías a las nuevas generaciones, que no han conocido la guerra?

- Que no vuelva a haber ninguna guerra más y que la gente se entienda, sean de la ideología que sean. Que por lo menos haya entendimiento entre la gente, buscar siempre la manera de entenderse y respetarse unos a otros. ¡Esa es la derecha!

¡Lo que me interesa a mí es que haya paz!

- ¿Has sido feliz en esta vida Manuel?

- Como no hecho ningún daño a nadie, no tengo tampoco ningún pesar de nada ni de nadie... pues creo que sí puedo decir que he sido feliz.

- ¿Si volvieres a nacer Manuel, volverías a vivir la misma vida?

- ¡Otra vez no!, ¡no quisiera yo volver a esos negocios ahora! De repetir nada.

- ¿La cambiarías por otra distinta?

- Sí, por una que sería llevadera y bien, ¡eso sí!... ¡Si hombre!...



A través de este libro, Manuel Sagastibeltza deja constancia, en primera persona, de los sufrimientos que tuvieron que pasar los perdedores de una guerra civil, que durante años han estado olvidados.

A.D.D.H.
Asociación para la Defensa de la
Dignidad Humana
Biktimei eta Giza Eskubideen
Zuzendaritza



LEHENDAKARITZA- PRESIDENCIA
Bake eta Bizikidetzarako Idazkaritza
Nagusia
Biktimen eta Giza Eskubideen Zuzendaritza
Secretaría de Paz y Convivencia
Dirección de Víctimas y Derechos
Humanos